

## Los dones del Espíritu Santo (6) **Espíritu de Sabiduría** (3)

Hemos dicho que la caridad es la mayor de las tres virtudes teologales, la que nunca pasará, y por lo tanto el don de sabiduría, que perfecciona la caridad la cumbre de la vida en el Espíritu.

“Él nos ha amado primero” (Jn 4,10). Nuestro Padre San Francisco era un enamorado de Jesús, repetía siempre: “¡El Amor no es amado!” Su jaculatoria preferida era “Mi Dios y mi todo” sabiendo que el valor de los actos se mide por la carga de amor que tienen.

Podríamos definir ya el don de sabiduría como **“un hábito sobrenatural inseparable de la caridad por el cual juzgamos rectamente de Dios y de las cosas divinas por sus últimas y altísimas causas bajo el instinto especial del Espíritu Santo, que nos las hace saborear por cierta connaturalidad y simpatía”**.

Es un hábito sobrenatural como todos los demás dones. Que da a la caridad una modalidad divina incompatible con el pecado mortal.

Nos permite juzgar rectamente. Se distingue del don de entendimiento porque lo propio de éste es la intuición de las verdades de la fe sin emitir juicio sobre ellas. El juicio lo emiten otros dones: acerca de las cosas divinas, el don de sabiduría; de las cosas creadas, el don de ciencia; y en cuanto a la aplicación concreta de nuestras acciones, el don de consejo.

...de Dios: Esta diferencia es propia del don de sabiduría. Su juicio recae sobre el mismo Dios, dándonos un conocimiento sabroso y experimental que llena el alma de una suavidad y dulzura indecibles precisamente por esta inefable experiencia de Dios.

Nos permite juzgar también las cosas divinas. Es como una visión desde la eternidad que abarca todo lo creado con una mirada escrutadora, relacionándolo todo con Dios, en su más alta y profunda significación, por sus razones divinas. Las cosas creadas son contempladas divinamente.

Mientras que la fe se limita a creer, el don de sabiduría experimenta y saborea lo que la fe cree.

Mientras que la teología toma las verdades reveladas como primeros principios y de ellos deduce conclusiones, el don de sabiduría contempla los mismos principios con la iluminación del Espíritu Santo y no deduce propiamente conclusiones teológicas sino que **las percibe intuitivamente** por una iluminación sobrenatural especial.

Sabio es el que conoce las cosas por sus últimas causas. El que contempla las cosas sin conocer sus causas tiene de ellas un **conocimiento superficial o vulgar** (El aldeano frente a un eclipse). El que contempla conociendo las causas **próximas** tiene un **conocimiento científico** (El astrónomo frente a un eclipse). El que conoce los últimos principios del **ser natural** posee la **sabiduría filosófica** o metafísica; el que guiado por las luces de la fe, escudriña los datos revelados para deducir nuevas conclusiones, posee la máxima sabiduría natural que es la **teológica**. Y el que juzga por instinto divino las cosas divinas y humanas por sus últimas y altísimas causas posee la **sabiduría sobrenatural** que es propia del don de sabiduría. Por esto el conocimiento que da al alma esta sabiduría es incomparablemente superior al de todas las ciencias humanas incluyendo la misma teología. Por eso se da el caso de un alma sencilla e ignorante que carece en absoluto de conocimientos teológicos adquiridos por el estudio y que, sin embargo, posee por el don de sabiduría un conocimiento profundísimo de las cosas divinas que maravilla a los teólogos más eminentes.

Esto se produce por un instinto especial del Espíritu Santo. A los místicos no les preguntamos las razones de su obrar o de decir tal o cual cosa pues no las saben. Lo han sentido con una clarividencia y seguridad infinitamente superior a todos los discursos y raciocinios humanos.

La sabiduría provoca un conocimiento sabroso y experimental de Dios y de las cosas divinas. “gustad y ved que bueno es el Señor” (sal 33,9) Experimentan deleites divinos que las llevan al éxtasis, y les hacen presentirán poco las alegrías inefables de la eternidad.

No se trata de conocer las cosas divinas sino de experimentarlas en sí mismo.

El don de Sabiduría es el que da a la vida cristiana la atmósfera ideal para su desarrollo. Y la consecuencia es que esta empieza a crecer y desarrollarse rápidamente, llevando consigo al alma, por las regiones de la vida mística hasta la cumbre de la perfección inalcanzable por medio de las regulaciones meramente humanas del estado ascético.

## Efectos del don de sabiduría

1- Les da a los santos el sentido divino, de eternidad, con que juzgan todas las cosas.

El primero es la sustitución del instinto meramente humano por el instinto divino. Todo lo ven desde las alturas, desde el punto de vista de Dios: los pequeños episodios de su vida diaria, los mismo que los grandes acontecimientos internacionales. En toda las cosas ven la mano de Dios. Se pueden remontar a Dios en medio de las calumnias y los insultos. No se detienen un instante en la causa segunda (la maldad de los hombres) sino que juzgan el hecho desde su beneficio eterno. Ven clarísimamente que no hay otro tesoro verdadero que Dios o las cosas que nos llevan a Él. “¿De qué me vale esto para la eternidad?” decía San Luis Gonzaga. Es el caso admirable de Santa Isabel de la Trinidad, el don de sabiduría es el más característico En su Doctrina y de su vida. Llevada su alma por una sublime vocación contemplativa hasta el seno mismo de la Trinidad, estableció en ella su morada permanente y desde estas alturas contemplaba y juzgaba todas las cosas y acontecimientos humanos. Las mayores pruebas, sufrimientos y contrariedades no la perturbaban como si su alma estuviera ya en la eternidad.

2- Les hace vivir de un modo enteramente divino los misterios de nuestra fe.

El don de sabiduría es el don real, el que hace entrar más profundamente a las almas en la participación del modo deiforme de la ciencia divina. Es imposible elevarse más alto fuera de la visión beatífica, que permanece su regla superior. Es la mirada del “Verbo espirando al Amor” comunicada a un alma que juzga todas las cosas por sus causas más altas, más divinas, por razones supremas, “a la manera de Dios”.

Introducida por la caridad en la intimidad de las personas divinas y como en el corazón de la Trinidad, el alma divinizada, bajo el impulso del Espíritu de Amor, contempla todas las cosas desde ese centro, punto indivisible donde se le presentan como a Dios mismo: los atributos divinos, la creación, la redención, la gloria, los acontecimientos más pequeños del mundo. En la medida en que es posible a una simple creatura, su mirada tiende a identificarse con el ángulo de visión que Dios tiene de sí mismo y de todo el universo.

3- Les hace vivir en sociedad con las tres divinas personas, mediante una participación inefable de su vida trinitaria.

Mientras que el don de ciencia toma un movimiento ascendente para elevar el alma desde las criaturas hasta Dios, y el de entendimiento por una simple mirada de amor penetra todos los misterios de Dios por fuera y por dentro, el don de sabiduría, por así decirlo, no sale jamás del corazón mismo de la Trinidad. Todo se le presenta en este centro indivisible. El alma así deiforme no puede ver las cosas más que por sus razones más altas y divinas. Todo el movimiento del universo hasta los menores átomos cae bajo su mirada a la purísima luz de la Trinidad y de los atributos divinos, pero ordenadamente según el ritmo en que las cosas proceden de Dios. Creación, redención, todo se le presenta, aún el mismo mal ordenado a la mayor gloria de la Trinidad. Elevándose, finalmente en una suprema mirada por encima de la justicia, de la misericordia, de la providencia y de todos los atributos divinos, descubre de pronto todas estas perfecciones increadas en su Fuente eterna; en esta Deidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que sobrepasa todas nuestras concepciones humanas, estrechas y mezquinas y deja a Dios incomprensible, inefable incluso a la mirada de los bienaventurados; este Dios que es a la vez unidad y Trinidad, esencia indivisible y sociedad de tres personas vivientes, realmente distintas según un orden de procesión que no suprime en modo alguno su igualdad. El ojo humano non habría podido descubrir jamás un tal misterio, no el oído percibir tales armonías, ni el corazón sospechar una tal beatitud, si por gracia no se hubiera inclinado hacia nosotros en Cristo para hacernos entrar en estas insondables profundidades de Dios bajo la dirección del Espíritu Santo”.

El que llega a estas alturas ya no sale nunca de Dios. Aunque se entregue a toda clase de trabajos, en lo más profundo de su alma siente permanentemente la divina compañía de sus tres y no los abandona un solo instante. Se juntan en ella Marta y María.

#### 4- Lleva hasta el heroísmo la virtud de la caridad.

Es la finalidad fundamental del don de sabiduría. Con él el fuego de la caridad adquiere proporciones gigantescas. Es la muerte total al propio yo. Aman a Dios con un amor purísimo, solo por su infinita bondad, sin mezcla de interés o de motivos humanos. Es verdad que no renuncian a la esperanza del cielo, sino que lo desean más que nunca; pero es porque en él podrán amar a Dios con mayor intensidad aún sin descanso ni interrupción alguna. Es el triunfo definitivo de la gracia, con la muerte total al propio egoísmo. Con respecto al prójimo la caridad llega a una perfección sublime viendo en él a Dios. Gozan privándose de las cosas más necesarias o útiles para ofrecérselas al prójimo. El egoísmo personal ha muerto totalmente.

Se dice en la biografía de San Francisco que eran *“admirables la ternura y compasión con que socorría a los que estaban afligidos de cualquier dolencia corporal; y si en alguno veía una carencia o necesidad, llevado de la dulzura de su piadoso corazón, lo refería a Cristo mismo”*... *“De ahí que su alma se derretía de compasión a vista de los pobres y enfermos, y a quienes no podía echarles una mano les ofrecía su cordial afecto”* (LM8,5)

*“La verdadera piedad, que, según el Apóstol, es útil para todo (1 Tim 4,8), de tal modo había llenado el corazón y penetrado las entrañas de Francisco, que parecía haber reducido enteramente a su dominio al varón de Dios. Esta piedad es la que por la devoción le remontaba hasta Dios; por la compasión, le transformaba en Cristo; por la condescendencia, lo inclinaba hacia el prójimo, y por la reconciliación universal con cada una de las criaturas, lo retornaba al estado de inocencia.*

*Sin duda, la piedad lo inclinaba afectuosamente hacia todas las criaturas, pero de un modo especial hacia las almas, redimidas con la sangre preciosa de Cristo Jesús. En efecto, cuando las veía sumergidas en alguna mancha de pecado, lo deploraba con tan tierna conmiseración, que bien podía decirse que, como una madre (12), las engendraba diariamente en Cristo.*

*Esta era la causa principal de su veneración por los ministros de la palabra de Dios, porque ellos mediante la conversión de los pecadores suscitan con piadosa solicitud la descendencia a su hermano difunto (Dt 25,5), es decir, a Cristo, crucificado por los mismos pecadores, y con solícita piedad gobiernan dicha descendencia.*

*Afirmaba que este oficio de misericordia es más acepto al Padre de las misericordias que cualquier otro sacrificio, sobre todo si se cumple con espíritu de perfecta caridad, de suerte que este trabajo se realice más con el ejemplo que con la palabra, más con plegarias bañadas de lágrimas que con largos discursos”.* (LM 8,1)

5- Proporciona a todas las virtudes el último rasgo de perfección, haciéndolas verdaderamente divinas.

Perfeccionada la caridad esto influye en todas las demás virtudes. Todo el conjunto de la vida cristiana experimenta una influencia divina. Admitiendo innumerables matices, de acuerdo a la personalidad espiritual de cada uno, se evidencia algo de sublime en la vida cristiana ordinaria. Muerto el egoísmo, el alma se instala en la cumbre de la montaña de la santidad, donde se lee aquella inscripción de San Juan de la Cruz: “Sólo mora en este monte la honra y la gloria de Dios”.

### **Bienaventuranzas**

Siguiendo a San Agustín, Santo Tomás adjudica al don de sabiduría la séptima bienaventuranza: “Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios” (Mt 5,9). La paz no es otra cosa que la tranquilidad del orden, y establecer el orden para con Dios, con nosotros y con el prójimo es obra de la sabiduría. Y en cuanto al premio, verdaderamente somos hijos adoptivos por nuestra participación y semejanza con el Hijo que es la sabiduría del Padre. En cuanto a los frutos pertenecen a la sabiduría especialmente: la caridad, el gozo espiritual y la paz.